

4



COMUNIDADES DE HOSPITALIDAD COMO PROFECÍA Y ESPERANZA

Alberto Ares Mateos, SJ
Jennifer Gómez Torres

“No os olvidéis de la hospitalidad, pues gracias a ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (Hb 13,2).

En nuestro contexto actual donde parecería ganar terreno la hostilidad sobre la hospitalidad, la práctica de la hospitalidad constituye una buena noticia y un auténtico acto profético, de resistencia y esperanza. Profecía al estilo de Jesús. La hospitalidad que Jesús practica rompe las barreras de su tiempo, los límites de lo legal-ilegal, de lo puro-impuro, y de la inclusión-exclusión. En la actualidad, las “comunidades de hospitalidad” recogen el legado y la rica tradición de distintos modos de entender la cercanía vital a los más vulnerables de nuestra sociedad, en las cuales la vida consagrada constituye un signo de esperanza. A lo largo de los años se han ido acuñando distintas acepciones comunitarias que ponen el acento en una dimensión o perspectiva de nuestra vida en común junto a personas y familias migrantes. La hospitalidad renueva nuestras comunidades, ayudándonos a crecer en compromiso y generosidad. La Iglesia se beneficia de estos estilos de vida comunitarios, porque además de crecer en credibilidad se propicia una mayor eficacia en nuestra vida apostólica. Las comunidades de hospitalidad abren nuevos caminos de revitalización de la vida

en común como un signo de anuncio del Evangelio y se presentan como una invitación y una bocanada de aire fresco dentro de la Iglesia.

Así entonces, proponemos al lector un recorrido que le permitirá descubrir de una manera diversa qué es la hospitalidad, o mejor, de qué hospitalidad hablamos cuando la entendemos enraizada en la profecía, la resistencia y la esperanza. A partir de esta primera constatación, cada uno de los apartados que se siguen serán la oportunidad para renovar con aire fresco la idea sobre la hospitalidad, abriéndonos a pensarla y sentirla desde nuestra vulnerabilidad compartida; en sintonía con las sagradas escrituras a través del testimonio de la vida de Jesús y la idea de Mambré, pero también contando con las indicaciones del papa Francisco; lanzando propuestas sobre estilos comunitarios que tienen a la base la experiencia de la hospitalidad y finalmente abriendo un nuevo horizonte sobre el compromiso y la generosidad.

Introducción

Uno de los grandes pilares de la vida religiosa es la comunidad. Juan Pablo II expresaba que “toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común. Más aún; la renovación actual en la Iglesia y en la vida religiosa se caracteriza por una búsqueda de comunión y de comunidad” (JUAN PABLO II, 1992, p. 3).¹

En las comunidades de vida apostólica la comunidad tiene su centro en la misión. Una misión que no tendría sentido si vemos la comunidad como un mero accidente, pues “la comunidad religiosa, como expresión de Iglesia, es fruto del Espíritu y participación en la comunión trinitaria” (CIVCSVA, 1994, n. 71). La comunidad es “taller”, con una dimensión misionera, pero también es “hogar”, sacramento del amor de Dios (García, 1985).

Toño García, SJ muestra el enlace entre la misión en la vida religiosa y la amistad, apuntando a que “la amistad humana, espiritual y apostólica propia de la vida consagrada tiene su fuente

¹ CIVCSVA, 1994, n 87, citado en: Juan Pablo II., CIVCSVA, 20 noviembre 1992: OR 20-11-1992, n. 3.

de alimentación en el hecho de compartir activamente una visión, y poderlo hacer desde la comunión con un Señor personalmente amado y también compartido” (García, 2006, p. 547).

Somos llamados por el Señor a ser colaboradores de una misión que compartimos con muchas personas con las que estamos llamados a trabajar codo a codo.

El Papa Francisco nos ha dicho en numerosas ocasiones cuál es su sueño de Iglesia, con las puertas abiertas, como un hospital de campaña, sanando heridas, en ese sueño de amistad y fraternidad. “La cultura de la convivencia fraterna [...] es el fundamento de la verdadera hospitalidad misionera, que pretende que los extraños se conviertan en hermanos.” (Francisco, 2022)

Desde estas claves es como la comunidad y la hospitalidad cobran sentido. En estas páginas presentaremos las comunidades de hospitalidad como signos de profecía, resistencia y esperanza.

1 La hospitalidad como profecía, resistencia y esperanza

La “comunidad de hospitalidad” recoge el legado y la rica tradición de distintos modos de entender la cercanía vital a los más vulnerables de nuestra sociedad (Ares, 2016). A lo largo de los años se han ido acuñando distintas acepciones comunitarias que ponían el acento en una dimensión o perspectiva de nuestra vida en común. De este modo, reconocemos como propias la experiencia de las comunidades de inserción, las comunidades de vida, las comunidades de inclusión, las comunidades de acogida o las comunidades de solidaridad, entre otras.²

En nuestro contexto actual donde parecería ganar terreno la hostilidad sobre la hospitalidad, la práctica de la hospitalidad constituye una buena noticia y un auténtico acto de resistencia. Resistencia al estilo de Jesús. Una hospitalidad que rompió las

² En este capítulo se hará referencia a las “comunidades de hospitalidad” dentro del contexto principalmente de la Compañía de Jesús en España. En el año 2023 existen aproximadamente 100 recursos de hospitalidad en España, acogiendo a 823 personas (año 2022). De estas comunidades, familias, parroquias y distintos recursos de acogida, se encuentran 9 comunidades jesuitas repartidas por toda España.

barreras de su tiempo, los límites de lo legal-ilegal, de lo puro-impuro, y de la inclusión-exclusión.

Una hospitalidad tan antigua como la misma humanidad y que recorre nuestra tradición bíblica y buena parte de la historia de la Iglesia. La hospitalidad en nuestros días nos habla de fragilidad y reciprocidad, del poder transformador de abrir nuestras puertas y de tender puentes. De vivir la fragilidad no como una amenaza, sino como un elemento esencial para el encuentro con Dios.

También la hospitalidad nos plantea un interrogante a nuestra creación de identidad, a la gestión de la diversidad, a nuestra manera de hacer política o de tratar la integración y cohesión social, incluso a la vida en nuestros barrios.

Por eso, todos los grandes retos sociales necesitan de una respuesta que ponga en el centro a las personas. Las comunidades de hospitalidad son espacios de encuentro, hogares donde conviven personas de contextos diversos, en las cuales tienen un lugar privilegiado aquellas personas que se encuentran en el camino. Comunidades que comparten techo y proyecto vital, generando procesos, desde la escucha mutua y el aprendizaje compartido.

En las comunidades de hospitalidad se comparte la mesa con personas excluidas, cultivando una cultura del encuentro. Vivir a su lado es uno de los principales signos de la Buena Noticia, como nos recuerda la Biblia, la práctica de la hospitalidad en las comunidades de hospitalidad produce un efecto transformador tanto en el huésped como en la persona que acoge. Asimismo, generan espacios de encuentro, entornos seguros, con un ritmo de vida en común que posibilita la convivencia en lo cotidiano, tiempos gratuitos de escucha, de reparto de tareas, de compartir las penas y alegrías. Todos son elementos que facilitan procesos de sanación, integración y reconciliación (Ares, 2017, p. 37-43).

Las personas migrantes son portadoras de esperanza. Esperanza de un mundo en paz, de que es posible una vida mejor. Buscan seguridad y trabajo, pero, sobre todo, reconocimiento y respeto.

Una sociedad que se cierra sobre sí misma se empobrece. Una sociedad que se abre a la posibilidad del encuentro y a la diversidad, se enriquece, construye futuro. Esta es una de las grandes claves que aporta la hospitalidad a nuestro mundo actual.

Uno de los grandes retos de nuestras sociedades nos lo jugamos en la convivencia, en la gestión de la diversidad. La hospitalidad, es uno de los elementos claves que nos ayudarán a avanzar como civilización, desde la integración y la cohesión social.

Las comunidades de hospitalidad, en cuanto contraculturales, constituyen auténticos espacios de resistencia y anticipan el Reino cuando invitan a sentarse juntos en la misma mesa, a compartir lo que nos une y también desde la diferencia. Aunque el camino sea arduo, como ocurría en Mambré, practicando la hospitalidad, a veces sin saberlo, hospedamos al mismo Dios.

2 La vulnerabilidad como puerta de entrada a la hospitalidad

La hospitalidad se presenta como un valor humano y espiritualmente vital y conectado con la vulnerabilidad del ser humano que siempre requiere ser acogido y acoger al otro, que siempre precisa crear espacios habitables y abandonar contextos inhóspitos (Boné, 2008, p. 110).

La realidad migratoria actual presenta una invitación a renovar y profundizar en una teología de las migraciones. La práctica de la hospitalidad dentro de la Doctrina Social de la Iglesia desenmascara una retórica de la hostilidad, en muchos casos clasista y con un discurso nativista.

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) se enraíza en el bien común y en la dignidad de todos los seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios, así como en la interdependencia e interconectividad de toda la humanidad. El documento magisterial *Erga Migrantes Caritas Christi* presenta a los migrantes como cocreadores de una fraternidad universal y presenta la hospitalidad y las migraciones como elementos intrínsecos a la naturaleza de la iglesia. La hospitalidad representa una manera de vivir la misión de todo cristiano, con una vocación de peregrino hacia la casa del Padre (Campese, 2012; Martínez, 2007).

La hospitalidad fue primero un modo de supervivencia, que presentaba un elemento de reciprocidad y la condición de posibilidad para encontrarse con Dios a través del extranjero

(Koenane, 2018). Se enraíza en una teología de la gracia y la gratuidad (Boné, 2016). Nos evoca nuestra vulnerabilidad (Boné, 2008, p. 119-121) y el común recuerdo de haber sido extranjeros en tierra extraña, descendientes de un arameo errante. La hostilidad, muchas veces está anclada en nuestro pecado que nos lleva a acumular más, a vivir de la apariencia y que nos convierte en personas soberbias. Desde esta realidad, el miedo a perder unos privilegios, envueltos en dinámicas de exclusión y marginalidad, desenmascara la importancia de una hospitalidad radical.

Una hospitalidad radical nos recuerda que Dios es acogida, rememorando el recuerdo de nuestra propia vulnerabilidad, como pueblo peregrino que se asienta en experiencias clave de exilio. El señor de la Gloria muestra sus heridas (Jn 20,25). Dios escribe la historia de salvación a través de su fragilidad, de la fragilidad humana. “He escuchado el clamor de mi pueblo, dice el Señor” (Ex 3,7). Con su fragilidad vino a buscarnos.

La hospitalidad nos invita a no tener miedo a la fragilidad que vivimos en nuestro mundo, pues es desde esa vulnerabilidad desde donde se nos hace presente Dios. “Sus heridas nos han curado” (1P 2,24). Solo hay diálogo de herido a herido, desde la fragilidad (García, 2011).

La gracia se presenta pues como central en la práctica de la hospitalidad, así como en una economía de la bendición, de la abundancia que desborda cualquier encuentro. Todos somos receptores de la bendición de Dios, y la hospitalidad se fundamenta en esa bendición o abundancia (Bretherton, 2017).

El poder transformador de la hospitalidad reorienta nuestras vidas hacia el servicio y nos acerca al camino, a los márgenes donde Dios sale al encuentro de nuestros hermanos y hermanas migrantes. Ese poder transformador de la hospitalidad abre las puertas, salta los cerrojos y nos anima a tender puentes.

3 Serena atención, sana humildad y feliz sobriedad

Cuando pensamos en las comunidades de hospitalidad, resuenan algunos elementos que el Papa Francisco nos propone en la encíclica *Laudato Si*. El aliento de un modo alternativo de entender la calidad de vida, de un estilo profético y contemplativo.

La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo... La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos (LS, n. 222).

Un tipo de vida en común que nos ayuda a valorar lo pequeño, desde la simplicidad y la libertad, para dejar espacio a la admiración, a una sana humildad, que posibilita una serena atención hacia los demás compañeros y compañeras de camino.

En este sentido hablamos de sobriedad, como fuente de libertad y de liberación antes múltiples ataduras de la vida. “La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora... La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida” (LS, n. 223).

Es en este contexto donde buscamos una paz interior con uno mismo. “Estamos hablando de una actitud del corazón, que vive todo con serena atención, que sabe estar plenamente presente ante alguien sin estar pensando en lo que viene después, que se entrega a cada momento como don divino que debe ser plenamente vivido” (LS, 226). Una paz interior que no es un punto de llegada, sino una actitud que se intenta cultivar, y que se vive como don.

No podemos hacer referencia a la LS sin hablar de ecología integral:

una ecología integral implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea, cuya presencia «no debe ser fabricada sino descubierta, desvelada (LS, n. 225).

La comunidad de hospitalidad Ana Leal³ en Valladolid (España) es un buen ejemplo que encarna esta invitación de acogida y ecología, en un intento de vivir en sintonía con el cuidado de la Casa Común según nos inspira la *Laudato Si*: vida sencilla, ecológica, trabajando y cuidando una huerta en un proyecto agroecológico. Un lugar comunitario promovido por los jesuitas en Valladolid y un grupo de personas amigas. Una comunidad de personas que viven y trabajan acogiendo a familias inmigrantes y refugiadas compartiendo con ellas la vida. Una comunidad de ecología integral que busca modos alternativos de vida y consumo. Una comunidad abierta a la espiritualidad y a la trascendencia según un modelo cristiano de vida basado en el amor y el servicio.

4 La hospitalidad en Jesús

Jesús realiza su misión como migrante, como peregrino en tierra extraña, incomprendido por los suyos, siempre en camino, sin casa, ni sustento propio. En el camino va actualizando y haciendo presente el Reino. Es en el camino donde tiene la oportunidad de encontrarse con el desvalido, con la viuda, con el leproso, con la pecadora, con el recaudador de impuestos, con los pescadores, con los escribas, y con aquellos que son excluidos por la sociedad. Una invitación que recibió la primera Iglesia desde sus orígenes y que la dinamizó para ponerse en camino, para hacerse peregrina, migrante. Llevando la buena noticia a todos los rincones del mundo (Ares, 2017b).

Un elemento central de la misión de Jesús y por ende, de la Iglesia es la hospitalidad; Una hospitalidad que se vive de una manera especial a través del ministerio de la reconciliación, de tender puentes en un mundo roto, saltando los límites de lo legal-ilegal, de lo puro-impuro, y de la inclusión-exclusión. Es desde la mirada misericordiosa de Dios que la Ley, lo legal, lo puro, cobran su más profundo sentido, y ocupan su lugar como medios y no como fines (Mc 2,23-3,6; Lc 6,1-22; Mt 12,1-14).

3 Comunidad de Hospitalidad "Ana Leal". Disponible en: <<http://www.ecoinea.org/index.php/palabras-de-bienvenida/>>.

“Para Jesús, la misericordia de Dios no puede contenerse dentro de los muros de mentes limitadas, y desafía a la gente a reconocer una ley mayor basada en la incalculable misericordia de Dios antes que en nociones restrictivas sobre lo digno o indigno”. El ministerio de la reconciliación parte de la mirada misericordiosa y amorosa de Dios. Siguiendo con el pasaje de los Ejercicios de San Ignacio, la Trinidad miró al mundo y dijo “Hagamos redención del género humano” (EE, 107)

La familia migrante es un espacio privilegiado para la hospitalidad. El propio Papa Francisco en la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*:

“Las migraciones representan otro signo de los tiempos que hay que afrontar y comprender con toda la carga de consecuencias sobre la vida familiar. La movilidad humana, que corresponde al movimiento histórico natural de los pueblos, puede revelarse una auténtica riqueza, tanto para la familia que emigra como para el país que la acoge” (AL, 46).

Necesitamos tener una mirada especial para aquellas familias que viven experiencias migratorias dramáticas y devastadoras, cuando tienen lugar fuera de la legalidad y son sostenidas por los circuitos internacionales de la trata de personas. También cuando conciernen a las mujeres o a los niños no acompañados.

La hospitalidad de Jesús, como en nuestros días, se apoya en “pilares sólidos”: acoger en el hogar e invitar a la mesa; crear espacios de encuentro para ayudar a sanar, compartir, reconciliar, discernir, celebrar; y ser testigos de esperanza.

Mirando la vida de Jesús, un elemento central en su experiencia como migrante, como peregrino, fueron sus comidas y sus celebraciones. ¿Con quién se sentaba a la mesa Jesús? ¿Quiénes eran sus invitados predilectos? Jesús se sienta a la mesa en muchos casos con pecadores, reconfigurando las barreras de la puridad, con aquellos que vivían marginados por razones económicas (Lc 7,11-17), de salud (Lc 7,22; Mc 10,46; Jn 9,8), raciales (Lc 7,1-10), religiosas (Lc 7,24-35) y morales (Lc 7,36-50). Su invitación a la mesa fue buena noticia para los pobres y excluidos, lo que le trajo en muchos casos rechazo y provocó escándalos.

Algunos teólogos opinan que su manera de transitar por las categorías de la inclusión y la exclusión, sobre todo en su forma de sentarse a la mesa, fue lo que llevó a Jesús a ser juzgado y crucificado: “Jesús fue crucificado por la forma en que comía”. En palabras de J. Jeremías:

“Toda comunidad de mesa es para un oriental, garantía de paz, de confianza, de fraternidad; comunidad de mesa significa comunidad de vida. Para un oriental está claro que, admitiendo a pecadores y marginados a la mesa, Jesús ofrece salvación y perdón. Por eso reaccionan violentamente los fariseos” (1972, p. 243).

Es en la mesa donde todo cobra sentido, donde reconocieron los de Emaús a Jesús, “al partir el pan”, es en la eucaristía donde hacemos memoria de Jesús en la fracción del pan compartido y de la sangre derramada. Jesús es hospitalario hasta el extremo. En este sentido, la hospitalidad se hace misericordia, abre las puertas, acoge al desvalido, al excluido (Lc 10,25-37).

Jesús era hospitalario y sentaba a la mesa al que se encontraba en el camino, haciendo fiesta, anticipando la mesa compartida del Reino de Dios (Lc 15,11-32). Una fiesta, una celebración que algunos autores comparando con la acogida de refugiados y migrantes en Europa han descrito como “celebraciones de encuentros interculturales que pueden llegar a ser experiencias modernas del Espíritu Santo”, como en Pentecostés (Hch 2,1-13).

5 Las comunidades de hospitalidad

Hay ciertos elementos vitales que no son fáciles de definir. Así le pasa a las comunidades de hospitalidad. Podríamos decir que la vida en común no es fácilmente “encapsulable” en una definición cerrada y muy delimitada. Pese a eso, existen algunos elementos que las caracterizan (Ares, 2016).

5.1 Compartir vida desde una proximidad a los más vulnerables y excluidos

En el Evangelio encontramos a Jesús y sus discípulos compartiendo la mesa con personas excluidas y pobres, cultivando

una cultura del encuentro. Vivir a su lado es uno de los principales signos de la “Buena Noticia”, especialmente en una época como la actual en la que el individualismo erosiona las relaciones mutuas y la exclusión social priva a numerosas personas del reconocimiento y la amistad de los demás, así como de su dignidad humana.

5.2 Estilo de vida comunitaria acogedor e inclusivo

Dice un dicho castellano que “el roce hace el cariño”. Vivir de cerca, acogiendo realidades complejas y difíciles nos ayuda a miraras con mayor comprensión, cariño y solidaridad. Siempre que miramos con los ojos del corazón, sin prejuicios, somos capaces de enriquecernos, de aprender de la diversidad. Vemos en esta diversidad una oportunidad para crecer juntos. La situación de muchos jóvenes migrantes en mayor vulnerabilidad, la de expresos que buscan un camino de reintegración, la de otras personas que viven en los márgenes, representan una fuerte llamada a la hospitalidad.

5.3 Un camino abierto, desde la escucha mutua y el aprendizaje compartido

Para comenzar este proceso, como peregrino no hace falta ser un “super-cristiano” –si es que estos existen–, ni se necesita ser un experto/a académica en hospitalidad o inclusión social. Cualquier persona podría estar cualificada para compartir vida, aunque por supuesto sería bueno cultivar ciertas sensibilidades, flexibilidad y apertura hacia el otro.

Por supuesto, en cualquier proceso de aprendizaje y de escucha mutuo se tiene que dar un presupuesto importante: disponibilidad de tiempo de calidad y gratuito para escuchar, acoger y en definitiva compartir vida.

5.4 La reconciliación, sanación, integración, discernimiento y celebración son elementos muy importantes en estas comunidades

Junto al alojamiento, que es un elemento fundamental, se hace necesario trazar un itinerario personal y un proyecto comunitario

donde tengan cabida el discernimiento y diversos factores que tienen que ver con la recuperación de toda la persona, con vistas a la integración social. Toda comunidad de hospitalidad debería cuidar una estructura y ritmos comunitarios básicos que ayuden o sirvan de sustento a la acogida, y que se conviertan en condición de posibilidad para que se produzca un verdadero proceso de integración. Aspectos como un ritmo comunitario de comidas, encuentros gratuitos, cuidado sencillo de los elementos materiales, reparto de tareas, etc., son elementos básicos que facilitan los procesos de reconciliación, discernimiento y celebración, entre otros.

5.5 Invitados a ser testigos de esperanza

La vida en común nadie ha dicho que sea algo fácil. A poco que se haya vivido en comunidad se reconoce la necesidad de aceptar las diferencias y de crecer en conocimiento mutuo. Todos llevamos en nuestro interior “un lobo y un cordero” que necesita convivir con los demás. La vida en comunidad nos construye como personas cuando ponemos el acento más en el agradecimiento que en la exigencia, en la aceptación y la acogida que, en la recriminación, en la realidad vital que en ensueños idílicos (Bonhoeffer, 1982; Mollá, 2013). Las comunidades de hospitalidad anticipan de alguna manera el Reino cuando invitan a sentarse juntos en la misma mesa, a compartir vida desde lo que nos une y también desde las diferencias... toda una invitación a ser testigos de esperanza.

Desde esta perspectiva, hemos sido testigos de cómo la vida religiosa en Latinoamérica vive esa dimensión de hospitalidad comunitaria. Un ejemplo es la comunidad de Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor en la ciudad de Boa Vista, en el estado de Roraima, situado en el extremo norte de Brasil, frontera con Venezuela. Una comunidad de hermanas que día a día trabajan en los campos de refugiados y en el Servicio Jesuita para Migrantes y Refugiados de Brasil en el Área de protección y acompañamiento a menores separados y desacompañados, en los proyectos de Fe y Alegría, y en la casa de acogida a familias migrantes y refugiadas. Unas mujeres que son verdaderas testigos de esperanza:

“Vivimos abiertas y cuidamos la hospitalidad con las personas de otras formas de vida cristiana o personas provenientes de otras iglesias o con distintas sensibilidades, jóvenes voluntarios, personas que necesitan una acogida temporal... La vida comunitaria para nosotras es la primera misión y desde ella vivimos con otras y otros en misión, tejiendo puentes y redes diariamente e intentando colocar a las personas y su dignidad en el primer lugar” (Gonzalo, 2022, p. 57).

5.6 ¿Qué ocurrió en Mambré?

“El Señor se apareció a Abraham junto a la encina de Mambré, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda en lo más caluroso del día.

Alzó la vista y vio tres hombres frente a él.

(Gn 18, 1-2)”

Mambré es uno de esos pasajes paradigmáticos en la Biblia cuando hablamos de hospitalidad y comunidad. ¿Qué ocurrió en Mambré? (Ares, 2020b, p. 19-38). Abraham y Sara acogen a tres extranjeros y sin saberlo abren su hogar a unos ángeles. Fruto de esa generosa acogida, el Señor les bendice y obra el milagro: les da un hijo. Este pasaje del Génesis pone el énfasis en la importancia de la acogida a los extranjeros, a los que están en el camino. El mismo Dios es acogido a través de ellos (Arterbury, 2005).

En el relato bíblico, los extranjeros prosiguen su viaje hacia Sodoma y Gomorra. De una actitud de acogida se pasa a una actitud de hostilidad. Los habitantes de estas ciudades quieren aprovecharse de ellos. Solo Lot, sobrino de Abraham, les protege. En esta ocasión, la hostilidad hacia el extranjero es fuente de maldición. Así, las ciudades de Sodoma y Gomorra son destruidas, salvándose solo Lot y su familia (Gn 19).

En resumen, la xenofilia, la práctica de la hospitalidad es fuente de bendición, obrándose el milagro del nacimiento de una nueva vida Abraham y Sara, mientras que la xenofobia acarrea la maldición y la muerte Sodoma y Gomorra (Rivera-Pagán, 2013, p. 31-51).

5.7 Espacio Mambré: lugar de encuentro, de acogida, de promesa de Dios

He tenido la suerte de vivir durante años en una comunidad de hospitalidad en el barrio de la Ventilla, distrito de Tetúan en Madrid. Allí comenzamos una experiencia inspirada en este pasaje del Génesis, que bautizamos como “Espacio Mambré” (Ares, 2020a).

Si caminas por el Barrio de la Ventilla un jueves al final de la tarde, puedes encontrarte a algunas personas acercándose a la comunidad jesuita P. Rubio. Si les preguntas, te dirán que van al Espacio Mambré.

La pequeña comunidad jesuita Padre Rubio es una de las diversas presencias– que la Compañía de Jesús tiene en el barrio de la Ventilla. Esta comunidad hace una apuesta por la hospitalidad, como tantas otras repartidas por España. Comunidades en las que se comparte vida y proyecto con personas necesitadas. En el caso de esta comunidad, con jóvenes migrantes. Además de un lugar en el que cobijarse, les ofrecen un entorno, una familia en la que retomar fuerzas, en la compartir el día a día hasta que recuperen la autonomía y la confianza.

La comunidad creó el Espacio Mambré como un ámbito privilegiado donde vivir el espíritu de hospitalidad que quiere vivir la comunidad. De ahí, el nombre “Mambré”, un lugar de encuentro, de acogida, de promesa de Dios. En el Espacio Mambré, cada jueves se abre de una forma más intencionada y cuidada la puerta de la comunidad al barrio y a todos los amigos y amigas, para compartir la fe y mucho más con una Eucaristía primero y una cena compartida después.

Se celebra la eucaristía en la capilla de la comunidad que está situada en la última planta y tiene forma de tienda de campaña. Una capilla en la que se motiva al encuentro entre el ser humano y Dios, con María como mediadora, con la mirada siempre puesta en Dios, con un sagrario repleto de los nombres de Dios en las diversas lenguas de los invitados o de los miembros que han pasado por la comunidad. Nuestro anterior superior, el P. Adolfo Nicolás, estrenó la lista con el nombre de Dios en japonés.

Al inicio de la Eucaristía, suele haber una presentación en el que cada persona dice su nombre y se introduce al resto. Se ha acercado mucha gente al Espacio Mambré: muchas amigas y amigos del barrio, de la unidad pastoral, de los trabajos y apostolados, familias migrantes, compañeros jesuitas que vienen de paso y que se hospedan en la casa, jóvenes que están discerniendo su vocación, personas con curiosidad y en búsqueda.

De alguna manera el Espacio Mambré condensa una parte importante de encarnar nuestra vocación, de vivir la hospitalidad, de dejarse impactar por la realidad que nos rodea, de sentirse parte del proyecto de Dios, de permitir que entren en el hogar aires nuevos y frescos. Significa que muchos amigos y amigas, la gente que pueda estar interesada, conozca un poco más cómo celebramos y cómo vivimos. Es un lujo celebrar juntos la Eucaristía y la cena compartida. La diversidad nos enriquece como comunidad y nos ayuda a vivir más conectados con un Dios que se hace presente en este mundo de diversas maneras y a través de tantas personas y comunidades.

6 La hospitalidad abre nuevos caminos

Como se desprende de todo lo expresado la hospitalidad renueva nuestras comunidades, ayudándonos a crecer en compromiso y generosidad. La Iglesia, en general, y la Compañía de Jesús, en particular, se benefician de estos estilos de vida comunitarios, porque además de crecer en credibilidad se propicia una mayor eficacia en nuestra vida apostólica.

Decía San Ignacio que “la amistad con los pobres nos hace amigos de Dios”. El mismo Papa Francisco nos recuerda en el discurso que tuvo en el *Centro Astalli* de Roma cómo la vulnerabilidad y la pobreza son lugares privilegiados de encuentro con Dios: “Los pobres son también maestros privilegiados de nuestro conocimiento de Dios; su fragilidad y sencillez ponen al descubierto nuestros egoísmos, nuestras falsas certezas, nuestras pretensiones de autosuficiencia y nos guían a la experiencia de la cercanía y de la ternura de Dios, para recibir en nuestra vida su amor, la misericordia del Padre que, con discreción y paciente confianza, cuida de nosotros, de todos nosotros”.

La hospitalidad también ha constituido un auténtico milagro de acogida en los contextos de nuestras comunidades jesuitas ante la gran crisis de desplazados de Ucrania en países con Polonia, Eslovaquia, Rumania y Hungría, entre otros.

Desde otros contextos de vida religiosa, son buena noticia diversas comunidades de hospitalidad en espacios de frontera, como por ejemplo en la frontera brasileño-venezolana con las hermanas franciscanas misioneras de la Madre del Divino Pastor. La hospitalidad que abre nuevos espacios intercongregacionales.

Desde diferentes perspectivas, las comunidades de hospitalidad abren nuevos caminos de revitalización de la vida en común como un signo de anuncio del Evangelio y se presentan como una invitación y una bocanada de aire fresco dentro de la Iglesia.

Referencias bibliográficas

ARES, Alberto. *Comunidades de Hospitalidad*. Madrid: Jesuitas Social, 2016. Disponible en: <<https://socialjesuitas.es/documentos/send/9-comunidades-de-hospitalidad/4-comunidades-de-hospitalidad>> .

_____. *Hijos e hijas de un peregrino. Hacia una teología de las migraciones*. Barcelona: Cristianisme i Justicia n. 206, 2017^a. Disponible en: <<https://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/pdf/es206.pdf>> .

_____. Reconciliación y migraciones. *Promotio Justitiae*, v. 124(2), p. 37-43, 2017b.

_____. “Espacio Mambré: hospitalidad como resistencia y esperanza”. *Revista En la Calle*, n. 45, Madrid, 2020a.

_____. “Xenia 3.0: Recreando la hospitalidad en un mundo diverso”. *Revista Veritas*, Santiago de Chile. ISSN 0717-4675; p. 19-38, 2020b.

ARTERBURY, A. E. *Entertaining angels: Early Christian hospitality in its Mediterranean setting*. New Testament Monographs. Volume 8. Series editor Stanley E. Porter. Sheffield, UK: Sheffield Phoenix Press, 2005.

BONÉ, I. Vulnerables y hospitalarios. Espiritualidad ignaciana y alteridad. *Manresa: Revista de Espiritualidad Ignaciana*, v. 80, n. 315, p. 109-124, 2008.

BONÉ, I. Psicología de la gratitud y Ejercicios Espirituales. *Manresa: Revista de Espiritualidad Ignaciana*, v. 88. n. 349, p. 385-398, 2016.

BONHOEFFER, D. "Vida en comunidad". Ed. Sígueme, 1982.

BREHERTON, L. Tolerance, education and hospitality: A theological proposal. *Studies in Christian Ethics*, 17(1), p. 80-103, 2004.

CAMPESE, G. The irruption of migrants: theology of migration in the 21st century. *Theological Studies*, v. 73, n. 1, p. 3-32, 2012.

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. LA VIDA FRATERNA EN COMUNIDAD. *Congregavit nos in unum Christi amor*. 1994.

DE LOYOLA, I. Ejercicios Espirituales. Sal Terrae. Grupo de comunicación Loyola. 2014 (107). Disponible en: <<https://ignaciano.cl/wp-content/uploads/2021/05/EJERCICIOS-ESPIRITUALES.-Edicion-preparada-por-Santiago-Arzuabalde-SJ-IGNACIO-DE-LOYOLA-1.pdf>>.

MOLLÁ, D: Espiritualidad en la acción social. Suplemento Vida Nueva CON ÉL en colaboración con CONFER nº 7. Etapa II. 2013. Disponible en: <https://confer.es/704/activos/texto/wcnfr_pdf_2138-r4yeW1TvSI1VPb3A.pdf>.

FRANCISCO, discurso del Santo Padre Francisco a los canónigos regulares premostratenses en el ix centenario de la fundación de la Abadía de Prémontré Sala del Consistorio. 22.09.2022. Disponible en: <<https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/september/documents/20220922-centenario-abbazia-premontre.html>>.

_____. Carta Encíclica *Laudato Si, sobre el cuidado de la casa común* (24.05.2015) Disponible en: <<https://www.oas.org/es/sg/casacomun/docs/papa-francesco-enciclica-laudato-si-sp.pdf>>.

_____. Exhortación Apostólica Postsinodal: *Amoris Laetitia, sobre el amor en la familia*. (19.03.2016). Disponible en: <https://www.vatican.va/content/dam/francesco/pdf/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20160319_amoris-laetitia_sp.pdf>.

GARCÍA, José Antonio. Hogar y Taller: seguimiento de Jesús y comunidad religiosa, v. 25. Editorial Sal Terrae, 1985.

GARCÍA, José Antonio. Amistad y misión en la vida religiosa actual: problemas y propuestas. Sal terrae: Revista de teología pastoral, v. 94, n. 1103, p. 533-550, 2006.

GARCÍA, José Antonio. *Ventanas que dan a Dios: experiencia humana y ejercicio espiritual*. Santander: Sal Terrae, 2011.

GONZALO, Luis Alberto. "Soy fruto de un 'nosotros' que cada vez es mayor..." Entrevista a Sofía Quintans. *Revista Vida Religiosa*, p. 53-64, 2022.

JEREMIAS, Joachim. *La dernière Cène, les paroles de Jésus*. París, p. 243. Éditions du Cerf, 1972.

JUAN PABLO II a la Plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, 20 de noviembre de 1992: OR 20-11-1922, n. 3.

KOENANE, M. L. J. Ubuntu and philoxenia: Ubuntu and Christian worldviews as responses to xenophobia. *HTS Teologiese Studies/Theological Studies*, v. 74(1), 2018.

MARTÍNEZ, Julio. *Ciudadanía, migraciones y religión: un diálogo ético desde la fe cristiana*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2007.

RIVERA-PAGÁN, L. N. Xenophilia or Xenophobia: Toward a Theology of Migration. In *Contemporary Issues of Migration and Theology*. New York: Palgrave Macmillan, 2013, p. 31-51.